

# LA TRADICIÓN NACIONALISTA

EL RECORRIDO HISTÓRICO DE UNA IDEOLOGÍA  
Y EL CONFLICTO DE LEGITIMIDADES  
EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA

*Disertación del académico Dr. Carlos A. Floria, en la  
sesión pública de la Academia Nacional de Ciencias Mo-  
rales y Políticas, el 26 de octubre de 1988*

## ADVERTENCIA

*El autor no pertenece a la familia intelectual de los nacionalistas. Al menos en el sentido que se atribuye al nacionalismo antiliberal según se lo entiende en nuestros días. Es ésta una precisión tal vez útil para el lector e innecesaria para el nacionalista que se acepta como tal, quien no reconocería al autor como uno de los suyos.*

*Esto dispensa de otras explicaciones. Como en los Proverbios y Cantares de Antonio Machado: "nunca traces tu frontera / ni cuides de tu perfil / todo eso es cosa de fuera..."*

*Eso no impide reconocer al nacionalismo como una de las ideas-fuerza más vigorosas y polivalentes del siglo veinte. En la Argentina y fuera de ella. Le fue dicho al autor por Bertrand de Jouvenel, palabras más o menos, cuando lo conoció en los comienzos de los años 70. Isaiah Berlin escribiría en los mismos años por qué se tuvo a esa ideología, distinta de la conciencia nacional, como una fase pasajera de la historia moderna y contemporánea, como una inflamación patológica de orgullos heridos.*

*Parece, sin embargo, imposible o poco realista explicar la historia política de la Argentina contemporánea y sus crisis, sin el examen de la tradición nacionalista, como se la denomina francamente en este brevísimo ensayo. Y del conflicto de legitimidades que introdujo. Por lo que no se trata aquí de exponer con detalle el pensamiento de autores, más propio de lo que se entiende por historia de las ideas. El intento es diferente: se trata de insinuar el recorrido histórico y social de una ideología, de los territorios mentales y políticos que atraviesa, y de algunas de sus consecuencias.*

## LA TRADICIÓN NACIONALISTA

Por el Académico DR. CARLOS A. FLORIA

Se ha dicho con verdad: formamos nuestros juicios sobre las acciones de los otros en nombre de algo, por referencia a ciertos criterios, a ciertos valores. ¿Cuáles son ellos? La cuestión no es nueva y los interrogantes tampoco, porque hacen a las justificaciones de los actos y aun de las omisiones humanas.

El nacionalismo recorrió una larga y accidentada ruta histórica para pasar de la palabra a la idea y de ésta a la ideología, para introducirse en el vocabulario común y convertirse en un principio político de legitimidad con ánimo de combate. "El éxito del nacionalismo se explica en gran parte por el hecho de halagar el particularismo." El nacionalismo aparece en la fisura entre el universalismo y el sentimiento nacional. Y por esa fisura pasan comportamientos heroicos y excusas perversas. Potencia económica, orgullo militar, segregación o protección racial, florecimiento cultural, excusas para lo inexcusable visto desde lo universal, el nacionalismo emerge de la idea de nación entre las solidaridades que suelen enfrentarse y se hace ideología que absolutiza una parte de la verdad como si fuera la verdad toda y una parte de la realidad como si fuera toda la realidad.

La nación absolutizada: ése es el nacionalismo como símbolo ambiguo. Entre los grupos humanos, la nación ocupa un lugar privilegiado. ¿Quién no lo percibe así? Es una comprobación de hecho, no un juicio de valor. Se

estima la nación mientras se discute su definición. Se opone la definición clásica o francesa a la definición romántica o alemana. De un lado la voluntad de vivir juntos; del otro la pertenencia por nacimiento a un grupo étnico. Libre elección contra "Blut und Boden" —la sangre y el suelo—, valores que se han visto demasiado alejados de la tierra y de los muertos de Maurice Barrés, más próximo a Strauss que a Renan.

La conciencia de constituir una comunidad es reforzada por factores diferentes, a veces diversos: la agresión externa, el sentimiento de poseer un pasado común, la enseñanza de la historia, la ética de la solidaridad nacional que crea el sentimiento de diferencia, el tema de los estereotipos nacionales, el descubrimiento de una cierta "alma de los pueblos". Todo grupo se refuerza si sus miembros practican juntos los mismos ritos, adoptan los mismos símbolos, y a medio camino entre el símbolo y la realidad, si tienen la misma lengua, erigida a veces en poder cultural. La nación emerge como factor de identidad. ¿Y si de pronto lo es también de antagonismo? De suelo de pertenencia. ¿Y si cultiva la sospecha o el menosprecio hacia los otros?

El tema de los estereotipos puede verse con la ironía de Pierre Daninos o a través de los dramas de la historia. En *Le Jacassin* (1962):

Los griegos serían tramposos, los ingleses hipócritas, los norteamericanos chicos grandes (salvo para la cocina, donde son salvajes), los alemanes penden-cieros y obsequiosos, los polacos ebrios, los rusos in-sondables, los chinos indescifrables, los argentinos far-rietas, los españoles arrogantes, los árabes perezosos, los suizos lentos, los holandeses pesados, los italianos versátiles, los judíos judíos... En medio de ese mun-do hostil y venenoso está la Francia, eterna, galante, hexagonal y caballeresca... tendiendo su corazón al mundo y el mundo presto a la lacerarla... la Francia donde toda la infelicidad, en suma, vendría de que, explotada por el extranjero, es habitada por fran-ceses.

Las respuestas de la historia no tienen, normalmente, esa gracia, sino la incertidumbre de los contenidos ideo-

lógicos que varían de un país a otro, de una situación histórica a otra. El sentimiento nacional atraviesa la política interior, pero se exhibe en las constantes de las políticas exteriores. Se asocia a credos de libertad y de pluralismo democrático, pero también al culto de la potencia más que de la libertad. A veces hay asociaciones simultáneas aparentemente inextricables. Si se viva a la Nación y a la República, ¿se expresa lo mismo que cuando se viva a la República y a la Nación?...

Nación y nacionalismo son fenómenos sutiles. Pero son símbolos polivalentes que justifican los interrogantes de Alfred Grosser. ¿Dónde termina la glorificación de virtudes que se proyectan sobre la nación en la esperanza de que los otros ciudadanos las reconozcan como propias, y dónde comienza el chauvinismo que exalta las cualidades nacionales en detrimento del juicio sobre los otros pueblos? Que es como decir dónde termina la voluntad de compartir virtudes políticas y dónde comienza el mesianismo expansivo.

De la mano de una palabra y su biografía pasamos, pues, de un hecho a una idea, de ésta a una ideología y de una absolutización generalizadora a la necesidad de distinguir para unir. La conciencia nacional es un sentimiento; la situación nacional es una condición; el nacionalismo es una doctrina o una ideología, un fenómeno envolvente que se puede examinar a través del "mapa" de sus expresiones. El nacionalismo se manifiesta y se entiende, en rigor, por los nacionalismos y los nacionalistas.

### *Recorrido histórico y complementariedad*

En la realidad hay más bien nacionalismos y nacionalistas. Porque son la expresión concreta y relativamente tangible del nacionalismo encarnado en versiones no siempre transparentes.

"Seiscientas páginas sobre el liberalismo doctrinario no son una definición de ese movimiento: son la explicación de la razón histórica aplicada a darnos a conocer ese objeto." La afirmación de Maravall a una obra erudita de Díez del Corral sobre el liberalismo doctrinario sirve al abordaje de nuestro tema. El nacionalismo es una cosa cuando atraviesa una sociedad restrictiva y aristocrática; otra cuando se encuentra con las transformaciones de una

democracia ampliada. Diferente, en fin, cuando se asocia a la derecha o a la izquierda o mejor, al derechismo y al izquierdismo. Maravall adopta un principio enunciado inicialmente por Bohr que ha operado sobre la renovación de la lógica: el principio de complementariedad. La realidad se nos muestra siempre en función de un sistema o conjunto: el electrón es partícula al atravesar el espacio y onda al atravesar la materia. . .

El feudalismo puede entenderse como un proceso de descomposición o como un medio de mantenimiento de la unidad. Rousseau puede interpretarse como uno de los orígenes intelectuales del totalitarismo, sin embargo inspiró una revolución liberal. El inglés Burke interpretó la Revolución Francesa, entre otros aspectos, como un movimiento disgregador que amenazaba con la fragmentación del Estado francés. Empero, la democracia republicana francesa dio nacimiento a la forma más cerrada y compacta de unidad política conocida hasta entonces: precisamente la nación moderna. Los ejemplos de Maravall son expresivos. No son contradicciones históricas, son complementariedades que desconciertan porque se presentan a un tiempo. Los fenómenos históricos no siempre son ambiguos; a menudo son bifrontes. El nacionalismo no es una excepción.

El nacionalismo puede verse como un factor de integración (hacia adentro) y al mismo tiempo de desintegración (hacia afuera). Pretende ser ideología envolvente en la política interior, y a la vez afirmación agresiva de identidad y de autonomía en la política exterior.

### *El nacionalismo entre las ideologías*

El nacionalismo evoca naturalmente el antiliberalismo, y se presenta como una ideología de combate al principio de legitimidad de la constitución republicana. En este sentido significa un elemento fundamental en la crisis de legitimidad de la Argentina contemporánea.

Pero el recorrido social de la ideología comenzó de otra manera y en otro punto en el siglo pasado. Entonces el nacionalismo no se asociaba con el antiliberalismo sino con una de las ideologías que por su militancia tiñe la centuria entera: el liberalismo. En los tiempos de la

formación de la Argentina moderna, y no sólo en ella, había un nacionalismo liberal, y liberales nacionalistas. Sobre las polémicas ardientes de los exiliados en torno del fenómeno político que constituían Rosas y el rosismo, Alberdi reclamaba la reivindicación de ser "argentino". El liberal confederado no estaba solo: el nacionalismo de Mitre es una constante de su política. El Sarmiento de *Argirópolis* no será el mismo de los tiempos del exilio, así como en *Condición del extranjero en América* (1888) expresará los recelos de los liberales que verán "una nación sin nacionales", anunciando uno de los temas clave del nacionalismo del siglo siguiente a propósito del fenómeno inmigratorio. El toque de xenofobia estalla en sentimiento en *La Bolsa* de Julián Martel (1891) y es el núcleo argumental de *En la sangre* de Eugenio de Cambaceres. La xenofobia llegará de la literatura a la vida política, y habrá incluso un toque de antisemitismo.

Se iban dando, pues, señales que en una situación nacional profundamente cambiada alentarían consecuencias diferentes entrado el siglo siguiente. Si marcamos algunas es para hacer más natural el recorrido social de la ideología a través de la lectura de la historia, de la sociedad, de la cultura. "Los viejos liberales argentinos son como esos padres terribles y omnipotentes que cuestan a sus hijos décadas de diván psicoanalítico, con resultado incierto. El revisionismo histórico también lo inventaron ellos." La frase de Gustavo Ferrari tiene la oportunidad de lo necesario, porque uno de los bastiones del nacionalismo de derecha argentino del siglo xx —el revisionismo histórico— tendrá su representante típico, original y paradójico en ese porteño neto que describió Julio Irazusta, liberal y masón, formado en la tradición unitaria y al cabo calificado exponente de la tradición federal: Adolfo Saldías.

El nacionalismo atraviesa, pues, las ideologías vigentes de cada época. Ideología entre las ideologías, hay que descubrirlo en sus concurrencias y en sus divergencias, en su apareamiento o en sus aversiones. La aversión contra el marxismo y la obsesión anticomunista será una constante del nacionalismo contemporáneo, pero no de todos los nacionalistas ni de todos los marxistas respecto de aquél. Así como hubo nacionalismo liberal habrá marxismo nacional, socialismo nacional —vecino hasta la cohabitación con el nacionalsocialismo—, y nacionalismos antiliberales

en sus versiones fascista, hispánica, maurrasiana, falangista. El nacionalismo se mueve entre las ideologías, y aun ideólogos de militancias con raíces universalistas no se resisten a la penetración recíproca.

Charles Maurras, cuya influencia en la Argentina fue tan importante para explicar el comportamiento y la naturaleza de fuerzas y mentalidad políticas activas —como que aún hoy hay maurrasianos que se ignoran— no será precisamente irresoluto cuando debe subrayar lo que considera inconciliable entre nacionalismo y democracia, y dirá sin retaceos: “existe un sólo medio para mejorar la democracia, destruirla... la democracia es el mal, la democracia es la muerte.” Lo veremos reaparecer en la situación argentina a través de sus discípulos.

Y sin embargo el nacionalismo a través de los nacionalistas o de sus enemigos retóricos no se mostrará radicalmente incompatible con fórmulas mixtas. Enlace por la doctrina o por el método, explicará conversiones de otra manera sorprendentes. La Argentina contemporánea en más de medio siglo y en los tiempos atroces de la cultura de la violencia, será un laboratorio expresivo de esas experiencias. Pero no será el único, salvo que por omisión deliberada o inocente se eluda la historia y la política comparadas. Casi no hay país ni región en el mundo donde tales experiencias estén del todo ausentes y es argumento central de la “revuelta de las naciones en la U.R.S.S.” en *L'Empire éclaté* de Hélène Carrère D'Encausse, o en *The Third Rome* de Mikhail Agursky. Comparar es conocer, y controlar las experiencias cruzadas. Hay que ser cauto en el cotejo conceptual del nacionalismo con el irredentismo, el patriotismo, el chauvinismo, el imperialismo. El irredentismo es aspiración de una población dada, de frontera, hacia la separación de un Estado nacional o plurinacional para unirse a aquél que se considera propio o afín. Puede ser una motivación para el nacionalismo, pero no es éste. El patriotismo es adhesión afectiva y acaso heroica a una comunidad. Pero no se es patriota porque se es nacionalista, y esto suele no estar claro para cierto tipo de nacionalistas, propietarios intelectuales y morales del patriotismo que viven como único y excluyente. En su nombre, la historia registra disparates nacionales. El chauvinismo es convicción irracional de la superioridad de la comunidad que se defiende. Fenómeno exterior y pato-

lógico conduce al nacionalista hacia un sentimiento trágico de inferioridad que lo distancia del imperialismo, expansivo y soberbio, sea material o moral, sujeto siempre a algún tipo de misión universal.

Los modelos políticos que evoca el nacionalismo han cubierto buena parte de la historia contemporánea. El proteccionismo y la autarquía son rasgos económicos de gestión incorporados a la mayoría de los modelos conocidos, experimentados o propuestos. La tendencia hacia las monocracias, la intolerancia, el sectarismo, han sido causa de totalitarismos, de autoritarismos o de proximidades sugestivas del nacionalismo con el fascismo y el populismo. No son la misma cosa, es cierto, pero de pronto las combinaciones son de tal manera inextricables que se hace difícil distinguir la dosis de los ingredientes. Como el nacionalismo es una ideología particularista y el fascismo una ideología universalista, le ocurre lo que al comunismo: no todos los fascismos son nacionalistas, para sorpresa del lector displicente de la historia. El fondo desesperado y romántico del fascismo, su pesimismo dinámico, la exaltación de un vitalismo irracionalista y heroico, puede transferir la lealtad a un Estado nacional, y de éste a otro que se imponga por fuerza o convicción, en portador de la ideología.

Con el populismo la línea se esfuma: la separación es menos nítida aun que la muy relativa que existe respecto del fascismo. En casi todo movimiento populista está presente el ingrediente nacionalista, como Hans Kohn subraya al estudiar la tradición norteamericana. La afirmación inversa sería inexacta. En el peronismo histórico se comprueba lo primero. En el nacionalismo argentino de los años 20 se encuentra lo segundo. Pero en todos hay una constante: la absolutización de un segmento histórico de la tradición selectivamente percibida.

### *El nacionalismo como "cuestión nacional"*

La formación de la Argentina moderna fue fragua de la tradición republicana. Una república conservadora, aristocrática, restrictiva, propia de la Argentina de los notables, demasiado disciplinada y excluyente para la democracia de masas. La tradición republicana arraigó luego

de la revolución por la Independencia, a partir de una tríada emergente del liberalismo como ideología, y de la realidad: la Constitución nacional, la educación, la inmigración.

Marcelo Sánchez Sorondo acaba de explicar con vehemencia sugestiva su tesis de que lo que en estas reflexiones se explora como conflicto constante de legitimidades encontradas que se prolongan en la Argentina contemporánea, se insinúa en *La Argentina por dentro* desde los tiempos en que a su juicio la Revolución evoca el liberalismo avasallante y la Independencia la democracia huera de los pueblos.

Tesis polémica pero interesante, no ignora que la Constitución era para los hombres de la Organización Nacional un catecismo laico, un programa de cambio cultural, político, económico y social. La Constitución no nace para reflejar como un espejo la Argentina real, sino para transformarla. Las interminables polémicas de Sarmiento y Alberdi dan testimonio de eso. El *Facundo* sugiere muchas cosas. Descripciones admirables adjuntas a desmesuras de combate, pero no desconocimiento de la realidad argentina. El autor conocía muy bien la realidad de su tiempo, no le gustaba como era, y quería cambiarla. El nacionalismo antiliberal, muchos años después, articulado como tal, no aceptará eso. Planteará la dialéctica entre el "país real" y el "país formal" como inconciliable, pondrá a los liberales del lado del país formal y no asumirá dos cosas: que la forma importa en política, y que los liberales eran parte del país real.

La república de los notables era restrictiva: pocos gobernaban a muchos. La república de la democratización quiso ser abierta: muchos debían participar en el gobierno de todos. La travesía entre una y otra duró muchos años y fue realizada en parte por miembros del antiguo régimen junto con los que fundarían el nuevo. La travesía pasa por tantas generaciones como las que viven, por lo menos, los años que van desde 1852 hasta la reforma política de Roque Sáenz Peña y sus consecuencias.

La educación debía extenderse hacia la mayor parte de la sociedad. La inmigración debía transformar la sociedad toda. La educación debía "nacionalizar" una población que no tenía aristocracias de sangre sino que había sido formada, como se ha observado con realismo y

dicho con ironía, por inmigrantes viejos que recibieron inmigrantes nuevos. El extranjero debía contribuir al cambio paulatino pero no entero del plantel nacional, y argentinizarse. Ese era tema compartido por los Mitre, los Sarmiento, los Alberdi, los Estrada, que discutían sobre modos y consecuencias. Casi todos eran liberales en versiones y estilos diferentes aunque no diversos. De pronto advirtieron que cuando todos eran liberales, ¿qué era ser liberal?

Pero en clave comparada, la situación argentina sería parecida en algunos aspectos, diferente en otros, respecto de naciones jóvenes. Los "espacios abiertos" de los Estados Unidos de entonces no tienen el mismo significado que los de la Argentina de la pampa. Pero las reacciones del "nativismo" norteamericano hacia los inmigrantes no serían sustancialmente diversas de las reacciones del nacionalismo argentino en la percepción del riesgo migratorio. Las reyertas entre criollos y gringos, la acusada intervención de colonos extranjeros en conflictos políticos locales, la reacción creciente de los caudillos, jueces de paz y seguidores nativos contra extranjeros, cruzaban el escenario que pinta expresivamente Ezequiel Gallo en *La pampa gringa*.

La inquietud frente a la presencia de los extranjeros se transformaría en alarma progresiva y en crítica mordaz en los nacionalistas que emergían de las entrañas del antiguo régimen. Se estaba aún a décadas de una afirmación sarcástica con enorme agresividad histórica, como la de Ignacio B. Anzoátegui: (Sarmiento) introdujo tres plagas: el normalismo, los italianos y los gorriones...

El recorrido histórico y social del nacionalismo, en la dirección antiliberal, había comenzado.

En 1910, cuando los argentinos, devotos de sí mismos, festejaban el Centenario, Rodolfo Rivarola puso en marcha la notable Revista Argentina de Ciencias Políticas. En los primeros números incluyó una suerte de encuesta política a través de una "cédula" que contenía siete rubros. El último era el "nacionalismo", que Rivarola distinguía entre "histórico" y "progresivo". El primero era descrito como el que "intenta formar la unidad de la conciencia nacional con la admiración del pasado, y adopta la enseñanza de la historia como instrumento educativo de moral cívica". El segundo era propuesto, como el que "aspira a formar la unidad de la conciencia nacional me-

dante el reconocimiento de la nueva composición étnica de la población y la fidelidad a la promesa declarada en el preámbulo de la Constitución, «para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino»». La encuesta, curiosa e interesante —tal vez la primera encuesta política explícita entre nosotros— evoca una percepción del nacionalismo en la cual el extranjero era problema, pero todavía no era cuestión. El fenómeno inmigratorio es una consecuencia de la aplicación amplia y generosa del universalismo que campea en el Preámbulo constitucional.

Adviértanse, pues, dos cosas: el nacionalismo es entendido en beneficio de una identidad; luego, no es contradictorio respecto del principio de legitimidad que evoca la Constitución Nacional. En ambos casos el nacionalismo es tema, pero no cuestión nacional, problema de problemas o clave de discordia política y social.

Pocos meses antes Ricardo Rojas había terminado la misión oficial que lo llevó a Europa para estudiar métodos y contenidos de la educación histórica, y daba forma a *La Restauración Nacionalista*. El tema es aquí problema que según Rojas debe desglosar el “patriotismo instintivo”, sentimiento natural, del “nacionalismo doctrinario”, método social. Considera envejecido el ideario de Sarmiento y Alberdi, y se propone “turbar la fiesta del mercantilismo cosmopolita”. En la edición de 1922 señala que el libro fue silenciado o atacado. Y cuando fue atacado, encontró unidos en tácita coalición intereses heridos. Los cita así: “La Vanguardia”, marxista; “La Protesta”, ácrata, y “El Pueblo”, católico. Hubo elogios sugestivos: Miguel de Unamuno desde “La Nación”; Ramiro de Maeztu desde “La Prensa”; Rodó desde Montevideo; Jean Jaurés desde Francia (“Le cosmopolitisme est un deraciné qui n’a que des intérêts flottantes...”). Si la coalición atacante era heterogénea, los elogios aliados no lo eran menos.

Rojas es un testimonio notable del salto cualitativo que ha comenzado en la percepción colectiva del nacionalismo. El origen diverso de las críticas y las adhesiones revela hasta qué punto Ricardo Rojas representa el momento mismo del salto. El instante histórico más débil de un régimen es cuando está cambiando, pensaba Alexis de Tocqueville. El nacionalismo liberal estaba de-

jando de ser percepción militante. Rojas es ya un nacionalista liberal revisionista. Y como es sorprendido en medio del salto, debe explicar a tios y troyanos qué fue lo que quiso expresar. Sarmiento sirve a la explicación, porque aunque lo contradice no lo repudia: reconoce en el polémico sanjuanino capacidad de comprensión de la esencia de nuestros fenómenos. Si no, no habría escrito "en su vejez encanecida y combatida aquella última «visión» nacionalista de los «Conflictos», donde también pidió al pasado la luz profética de la historia..."

En el recorrido histórico y social del nacionalismo argentino Rodolfo Rivarola rezuma el punto de flexión, y Ricardo Rojas expresa el tránsito entre el nacionalismo de los liberales de la república aristocrática, y el nacionalismo antiliberal que se apresta para el combate contra la democracia incipiente. Dará testimonio de una suerte de *nacionalismo democrático*, que procura acompañar el cambio político de una transición deliberada: la que en seguida representa el intento reformista del presidente Roque Sáenz Peña.

Pero cuando Rivarola y Rojas están proponiendo versiones no idénticas pero afines del nacionalismo en cuanto no contestatario de la Constitución y su legitimidad profunda, emerge la ideología nacionalista de combate a esa legitimidad. Y no será sólo problema sino, como se ha insinuado, cuestión nacional.

### *Emergencia y plenitud del nacionalismo antiliberal*

La emergencia del nacionalismo como cuestión nacional entendida en estas reflexiones como cuestionamiento del régimen político asentado en el principio de legitimidad de la Constitución no es, en sus orígenes, tema de opinión pública sino de discusión intelectual.

Pueden encontrarse sus raíces en la historia, pero lo que aquí se quiere apuntar es su arraigo en sectores de la sociedad como *tradición alternativa*, y ésta se definirá compacta en la primera parte de este siglo, hacia los años 20. La tradición republicana será tan fuerte que atravesará incluso una de las versiones del nacionalismo "contestatario", calificación provisoria y envolvente que constituye la idea-fuerza evocada por Bertrand de Jouvenel e Isaiah Berlin en el principio de este breve examen

histórico. Se manifiesta en casi todo el mundo, sobre todo occidental. Pero en el caso argentino irá penetrando el campo político, el económico, el militar, el social y el cultural. Se comprueban deslizamientos ideológicos, conversiones aparentes, "fugas hacia adelante", entusiasmos desarraigados, psicologías de decadencia y de rutina, acciones y reacciones. Surgirá el fascismo italiano, pero a éste se llegará desde la derecha y desde la izquierda, desde cierto liberalismo y desde el anarquismo y el socialismo revolucionarios. Gentile, Mussolini, son protagonistas con biografías desconcertantes. En Francia el nacionalismo de Maurras y de Barrés, de la Action Française, emergerá a principios del siglo luego del caso Dreyfus, pero se encontrará más tarde con el colaboracionismo de quienes vienen de la izquierda: Doriot, Drieu La Rochelle. En Inglaterra el fascista Oswald Mosley será antes diputado laborista, y ministro, mientras las críticas al sistema liberal se rastrean en Chesterton, Belloc, Bernard Shaw, fascinado por Mussolini. En España surgirá Acción Española —obvia repercusión del maurrasianismo francés—, pero habría que explorar también el krausismo y su organicismo social, el Madariaga de los años 20 y el corporativismo jerárquico, la dictadura del general Primo de Rivera y más tarde el falangismo. Antes de llegar al nazismo, pues, el recorrido ideológico se irá poblando de mentalidades totalitarias o cuando menos por integristas de derecha y de izquierda. El mundo católico sabe de la polémica interminable entre integristas y progresistas. Cuando el nacionalismo atraviesa esa polémica se instala en el integrismo, pero surgirán progresistas que se reclamarán nacionalistas.

El análisis existencial que escribió Joseph Folliet en páginas memorables caracteriza al integrista por su incapacidad para el diálogo y la necesidad del monólogo. No busca persuadir sino intimidar. No discute, condena. Es, en la acepción técnica de la palabra, un sectario. Posee la certidumbre de la verdad integral, de la razón, del derecho de su lado, de su propia salvación aunque el resto de la humanidad se condene. Sobrevalora la ortodoxia. "Tiene" la verdad y desdeña a los hombres que ven la realidad compleja. Cae en el mito de lo simple como el progresista extremo, de quien es hermano-enemigo. No es que sea insincero. Es. Es un fabricante nato de teorías conspirativas, un intransigente tentado por el mani-

queísmo, por el extremismo, y en muchos casos, por la violencia. Hubo y hay un *nacionalismo integrista*. ¿Es todo lo que puede distinguirse, sin embargo, en el recorrido histórico del nacionalismo contemporáneo? No sería justo. Así como no se debe, en términos valorativos, condenar en bloque al integrismo sin riesgo de caer en otra forma de integrismo, no se puede reducir al nacionalismo antiliberal a una sola forma de nacionalismo sin caer en el simplismo.

Enrique Zuleta Álvarez, cuando escribe su testimonio y estudio crítico del nacionalismo argentino en sus versiones contemporáneas, distingue en su marcha etapas y contenidos. El nuevo nacionalismo comienza en los años 20, minoritario, rígido, severo. Atrapado por la crítica al radicalismo yrigoyenista y a través de ella por la discusión del sistema político y económico vigente, ingresa con Leopoldo Lugones en “la hora de la espada”, y abre una cuestión luego decisiva para explicar comportamientos conspirativos que condujeron a la crisis de 1930. Se organizan grupos paramilitares y filofascistas, se discute la definición del ser nacional, y la mayoría de los publicistas anclan en la tradición del catolicismo y del hispanismo. Cuando los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta publican *La Argentina y el imperialismo británico* (1934), el nacionalismo no será sólo antiyrigoyenista, antidemocrático y “antioligárquico” sino “revisionista” de la historia con un sentido ideológico y de combate contra la historia “liberal”, retomando la herencia de Adolfo Saldías. Habrá, para Zuleta, un nacionalismo *doctrinario*, filofascista, autoritario, subordinado a la idea de un orden jerárquico corporativo, y por su lógica interior, dictatorial. Sólo el poder militar estaba incontaminado y representaba el ser nacional. Propietarios utópicos de un mal realismo político, los nacionalistas doctrinarios sirvieron a cultores nativos del fascismo, del falangismo y luego, en minorías sitiadas por la ideología, del nazismo posterior. Y encajaron en el sectarismo, profetas de la cultura de la violencia.

El nacionalismo tuvo —y en algunos de sus seguidores mantiene— una versión “republicana” que se expresó en la prédica de los Irazusta. El diagnóstico sobre el problema político argentino fue diferente del de los doctrinarios, filofascistas. Aceptaba las instituciones, re-

conocía el valor de la república, sospechaba que fuera de ella no había otra alternativa que la dictadura militarista anunciada y alentada por los doctrinarios, y rechazaba el formato de toda dictadura. Hacía bandera del anti-imperialismo —atendiendo a un imperio inmediato aunque en declinación, el británico— y por eso tendría influencia a derecha y a izquierda en cuanto ambas reconocieron en el nacionalismo una fuente de inspiración y de legitimación combativa.

Contra lo que se suele creer, los republicanos terminarían criticando al radicalismo de Alvear pero no al radicalismo de Yrigoyen, aunque por su lógica interior el nacionalismo republicano no podría permanecer indiferente en la crisis de 1930. Criticaba, en fin, la dependencia económica antes que la “teoría de la dependencia” se abriese camino como ideología en América Latina. Y por él despuntaría un nacionalismo popular que penetró en el radicalismo a través de F.O.R.J.A., en el conservadorismo y en versiones vernáculas del marxismo.

Curiosa trayectoria la del nacionalismo. Si el radicalismo había pasado del paternalismo popular al aristocratismo popular —del estilo de Yrigoyen al de Alvear—, el nacionalismo emprendería una recorrida no tan lineal: del nacionalismo liberal al nacionalismo democrático, de éste al aristocrático antiliberal, y por él al nacionalismo republicano con derivación popular. En esa recorrida se encuentra la versión integrista afín a los fascismos en versiones sutilmente diferentes. Antes de llegar al peronismo habrá cultores del fascismo italiano, del maurrasismo francés, del dictador Primo de Rivera y del falangismo español. Luego del nazismo. Atravesará a la izquierda hasta generar la “izquierda nacional” de un Jorge Abelardo Ramos, entre otros. Del nacionalismo popular pasará al nacionalismo populista, y por éste llegará a los Montoneros de la década del 70 o a la ultraderecha “lopezrreguista” de los años ciegos.

Eso explica, en parte, que no haya concierto en la geografía ni en los intentos de clasificación del nacionalismo argentino. Sorprenden los intelectuales, los militares y los militantes, los políticos, los sacerdotes, los sindicalistas, los empresarios, los periodistas, miembros de la “constelación” entera del poder en la Argentina contemporánea, que han pasado, permanecen, o recién ingresan

como si las ideas y las frases fueran nuevas, en distintas versiones del nacionalismo antiliberal.

Explica también, en su medida, las discusiones sobre su interpretación y en torno de su influencia actual. Hay exámenes del nacionalismo que proceden de los nacionalistas y que sin embargo no son pacíficamente compartidos entre ellos. Y hay exámenes críticos que vienen de la literatura extranjera, sobre todo norteamericana, latinoamericana y argentina que se sitúan frente al fenómeno desde perspectivas diferentes. Un nacionalista porfiado e integrista como el padre Julio Menvielle veía al nacionalismo asociado con la doctrina de la Iglesia católica, pero con versiones tan turbulentas que era preciso discernir entre “nacionalismos exagerados” —el jacobino, laicista y liberal; el racista hitleriano, el sionista, el totalitario mussoliniano, el comunista proletario, el indigenista y el democrático proletario—, y “nacionalismos aceptables”, que para él eran los que defendían la vida nacional en el plano económico, político, espiritual y cultural contra los principios “disolventes del liberalismo, del socialismo y del comunismo”. La visión de Menvielle era ciertamente distinta, para decir lo menos, de la abordada desde la izquierda por Marysa Navarro Gerassi, para quien no hubo sino un nacionalismo, reaccionario y resentido, que contribuyó “a prolongar la atmósfera esquizofrénica que infesta la Argentina contemporánea”. Según los expositores el nacionalismo fue uno, dos o varios. Fue y es uno para los militantes absolutos, que reconocían o reconocen el propio como verdadero y toda otra versión como falsa. Se divide en el testimonio explicativo de Zuleta Álvarez, en el examen al principio agresivo y luego matizado de Navarro Gerassi, en el estudio de Mónica Quijada —entre “oligárquico” y “popular”—, en la tesis de Cristian Buchrucker, entre el nacionalismo “restaurador” y el nacionalismo “populista”. Y se multiplica en el análisis de Rama cuando se interna entre los grupos nacionalistas y halla a los tradicionalistas, a los conservadores y católicos, a los pro y neofascistas, a los populistas o peronistas, a los socialistas y a los guerrilleros...

Las clasificaciones, las calificaciones y las descalificaciones no hacen sino poner en evidencia la metamorfosis del nacionalismo y su singular persistencia.

## *El nacionalismo y la constelación del poder*

Desde que una sociedad tiene un cierto nivel de complejidad, el poder adquiere formas, por la diferenciación de funciones. Éstas se organizan en una "constelación", según el método de análisis de Jean Ladrrière que permite otra forma de abordaje, con estrellas distintas: el poder político, el poder económico, el poder militar y el poder moral. Este concierne a las motivaciones, a los valores, a las convicciones, a las creencias, y comprende lo que el autor llama el poder religioso y el poder ideológico. "Cada tipo de sociedad se caracteriza por una cierta configuración de la constelación del poder."

Lo que interesa a nuestro tema es que el nacionalismo y sus manifestaciones cruzaron la constelación entera. Si el nacionalismo —los nacionalistas y los nacionalismos— han hecho de prédicas diferentes pero no siempre sustantivamente diversas, una tradición alternativa, se debe a que se introdujeron en el sistema de creencias políticas de la Argentina contemporánea y lo hicieron en forma claramente polémica. También porque reunieron las cuatro características que Isaiah Berlin advirtió en la emergencia del nacionalismo agresivo: la creencia en la arrolladora necesidad de pertenecer a una nación; en la relación orgánica en todos los elementos que constituyen una nación; en el valor de lo propio, simplemente porque es nuestro, y finalmente, enfrentado por contendientes rivales en busca de autoridad y lealtad, en la supremacía, por cualquier medio, de sus exigencias. Es, al cabo, el resultado de una ecuación, que si no se entiende completa, cambia el resultado mismo.

Si se explora la constelación del poder de la Argentina contemporánea en tránsito —para esta ocasión— necesariamente impresionista y expeditivo, se verá al poder político y al sistema de partidos que constituye una de las mediaciones privilegiadas cuando se trata de una democracia pluralista, sacudidos y penetrados por el nacionalismo antiliberal, restaurador, doctrinario o integrista, según la calificación que se considere más apropiada en cada situación crítica. Es más: si desde nuestra perspectiva ese nacionalismo constituye una de las tradiciones conflictivas de este siglo, se debe entre otras razones a que con la irrupción del nacionalismo contestatario de la

tradición republicana democrática comienza, en rigor, la historia contemporánea de la Argentina política.

Los nacionalistas están presentes, se ha dicho ya, en la fragua de la crisis del 30. Si bien el nacionalismo republicano, en los términos que empleó Zuleta Álvarez, fue renuente primero y opositor después a los revolucionarios uriburistas del 30 y a los nacionalistas doctrinarios o restauradores que dieron el tono al golpe de estado de 1943, los nacionalistas "de derecha", para emplear una calificación convencional, fueron factores decisivos en ambas crisis. Y lo serán más tarde en la revolución de 1955, en el golpe de estado encubierto de 1962, en la revolución militar de 1966 y en la contradictoria y dramática pugna ideológica y de poder que caracteriza la década del 70 hasta los comienzos de la presente. En ese sugestivo y persistente itinerario marcado por las crisis en sí mismas, el nacionalismo de los años 70 se situó como ideología inspiradora y activa en sectores y mentalidades militares y civiles, y en la ladera militante: en los orígenes del movimiento guerrillero Montoneros se encuentra lo que para muchos parece todavía un enigma. La mayoría de los jóvenes líderes montoneros no procedían de la izquierda. Recibieron su bautismo político en organizaciones conservadoras tradicionales del catolicismo, en la organización de inspiración falangista Tacuara y en capillas intelectuales de cierto nacionalismo de derecha.

La mezcla de nacionalismo populista y de ideales socialistas revolucionarios sobrevendrá a esos orígenes y no será sino una prueba más de la accidentada y siempre sorprendente trayectoria de una ideología que sirvió a militancias varias, a rituales afines con los de los fascismos y con ellos a la militarización del lenguaje, del estilo y de los comportamientos públicos representativos de una cultura política autoritaria.

El sistema de partidos fue penetrado por el nacionalismo y los nacionalistas. El radicalismo inicial contiene trazos de un nacionalismo democrático, pero luego banderas y franjas del nacionalismo de derecha, expresados por la izquierda interna del partido. La derecha conservadora fue conmovida por el nacionalismo antiliberal, incluso por grupos filofascistas que encontraban su legitimación en la persecución de la izquierda "maximalista". Y si la derecha constitucional no se prestó totalmente

a los ideales del nacionalismo doctrinario o restaurador, vio emerger al conservadorismo popular así como a dirigentes como Manuel Fresco, en los cuales se advierte la mezcla del nacionalismo y el conservadorismo en el primer caso, y del conservadorismo con el fascismo en el dirigente bonaerense, sus seguidores y sus herederos. El peronismo histórico no sólo recibió el aporte de los nacionalistas con la oposición o la reserva, sin embargo, de los Irazusta y miembros del nacionalismo republicano convocante del llamado partido Libertador. Tomó casi todas sus banderas de casi todas sus versiones, como haría Perón del socialismo, del catolicismo social, del conservadorismo popular y del radicalismo. El peronismo no “era” el nacionalismo pero lo absorbió, y un nacionalismo populista de la mano del conservadorismo popular fueron ingredientes fundamentales de su naturaleza, aunque en el derrotero del peronismo “gobernante” (1946-1955) y antes por lo tanto del peronismo “gobernado” —o del antiperonismo gobernante, según se mire (1955-1972)— el nacionalismo católico hallaría en el sorprendente conflicto de Perón con la Iglesia, los límites de una difícil fidelidad. Si se quiere, el peronismo histórico retuvo casi todas las banderas del nacionalismo populista: el anti-imperialismo, la “tercera posición” entre capitalismo y comunismo, el movimientismo, el estilo corporativo del encuadramiento de masas, la legitimidad mayoritaria frente a la legitimidad constitucional. Luego vendrían los tiempos de la Argentina militar y militante, en la cual el sistema de partidos sería destruido aunque quedasen partidos sin sistema.

El tema, se ha insinuado en pasajes varios, inquietó por fin y profundamente a la izquierda. Si del socialismo de los años 30 y 40 emergió el lema de la “izquierda nacional” que avanzó sobre las polémicas ideológicas de los marxismos, reales e imaginarios, hasta buscar su enlace con versiones de la guerrilla de los años 60 y 70, el debate de la izquierda democrática en el proceso político presente reivindica la categoría “nacional-popular” a partir del pensamiento de Gramsci en clave latinoamericana. El tema nacional no es ciertamente exclusivo de los nacionalistas, pero los evoca.

Considerado como miembro pleno de la constelación del poder en la Argentina contemporánea, el sindicalismo

fue transformado entre otros factores, por la influencia nacionalista. Para la mayoría de los sindicalistas que dirigían el movimiento obrero en la primera mitad de la década del 30, la prédica antiimperialista y la nacionalidad de los capitales no eran asuntos privilegiados. Para los sindicalistas, el problema principal era defender el interés obrero frente a los capitales, fuesen nacionales o extranjeros. Cuando penetramos en la década del 40 y sobre todo en la formación del partido Laborista y en los orígenes del peronismo, se opera un cambio cualitativo. De una alianza objetiva alentada por un sindicalismo militante organizado desde la sociedad frente al Estado y los capitales, surgió un sindicalismo "de encuadramiento", prólogo de la Argentina corporativa posterior, reorganizado desde el Estado y convertido en uno de los factores de poder actuantes, y no sólo en un grupo de presión exterior respecto del poder político, según categorías de análisis conocidas.

Se acepta hoy pacíficamente el hecho de que el peronismo histórico fue para los sectores obreros lo que el radicalismo histórico significó para los sectores medios viejos y nuevos: mediaciones políticas de incorporación, en cada caso, de sectores relativamente marginales respecto del régimen político y de la ciudadanía social. El nacionalismo obrero, como una de las bases fundamentales del nacionalismo populista y del movimiento peronista, acompañó el proceso.

Este no fue extraño al poder económico. El desarrollo industrial de la Argentina había sido precedido por el estatismo de los conservadores en los años 30, y sería impulsado por los nuevos capitanes de la economía que emergieron con decisión en los años 40 para no desaparecer en cuanto tales, aunque los hombres cambiasen. El desarrollismo, como expresión económica derivada del nacionalismo, no fue sólo política de un partido sino ideología arraigada en la sociedad industrial —articulada con el Estado—, en sectores del mundo intelectual y en la sociedad militar. Será siempre prudente no olvidar en el análisis histórico la prédica de Alejandro Bunge para entender los meandros de un diagnóstico económico que incluía los debates sobre el proteccionismo, el papel del nacionalismo económico y las dificultades para llevar a cabo un programa reformista moderno.

La travesía del nacionalismo por el mundo intelectual fue anotada muchas veces en el curso de este examen histórico político. Hubo y hay hombres relevantes y calidades desaparejas, y su número es tan abundante en el recorrido social del nacionalismo que prueba la fascinación de la ideología, a derecha e izquierda, de la que sólo pudieron sustraerse sin renegar de ciertos valores que privilegian, quienes supieron eludir el derechismo y el izquierdismo, el espíritu de sistema. El "poder moral" fue proclive a la penetración nacionalista. Herederos de las querellas ideológicas del siglo XIX, muchos de los intelectuales nacionalistas pertenecieron a los defensores de una "Argentina católica" diversa de la inspirada por las corrientes revolucionarias emergentes del siglo XVIII. Tanto la tendencia integrista como las moderadas reclutaron entre clérigos y laicos católicos defensores fervientes. El padre Castellani no estaba solo cuando sostenía hasta los años 40 que el nacionalismo y el catolicismo eran una misma cosa. Y que la prédica de ensayistas, intelectuales y políticos como César Pico, Llambías, Palacio, Sánchez Sorondo (h), Sierra, Oliver, José María Rosa, Laferrère y otros miembros de un nacionalismo ilustrado era resultado, en parte, de la difusión brillante "de la escuela neopositivista francesa" de Maurras, Taine, Sorel, quienes coincidieron, a pesar de su heterodoxia y por la vía empírica, con el catolicismo inspirador de la mayoría de los nacionalistas, con la excepción de Lugones, Scalabrini Ortiz y otros notorios. Para Castellani, en fin, fue una promoción nacionalista la que logró cerrar la brecha que habían abierto los católicos argentinos de 1880, "con sus errores doctrinarios y de política..."

Estos aspectos de la trayectoria del nacionalismo tuvieron un peso extraordinario en el pensamiento y las creencias políticas de muchos católicos argentinos y, a menudo a través de ellos, de otras familias ideológicas. Pero también tuvieron dos enlaces aparentemente inesperados: primero, con el tema del poder militar y su recepción del nacionalismo antiliberal; segundo, con la presencia del nacionalismo no sólo en integristas y mentalidades católicas de derecha prevalecientes en los años 20 hasta los años 50, sino en integristas y mentalidades católicas y no católicas de izquierda, activas en el llamado "tercermundismo" y en los seguidores de versiones

polémicas de la teología de la liberación. Los años 70 serían en este caso escenario relevante del curso del nacionalismo por estas vertientes, no cegadas hasta el presente, como se advierte a cada vuelta de nuestra historia y de nuestra crónica cotidiana.

El problema militar como cuestión nacional se vincula con la emergencia y penetración social y corporativa del nacionalismo antiliberal. El poder militar fue miembro de la constelación del poder desde la génesis misma del Estado nacional. Pero hay diferencias cualitativas, como en el caso del sindicalismo, entre el guerrero de la Independencia, el ejército de la Organización Nacional, los militares profesionales de principios de este siglo, y el poder militar a partir de la fragua y eclosión de la crisis del 30 y décadas siguientes.

El nacionalismo de los años 20 que más influye en el cambio cualitativo de la intervención de los militares en la política es el de "la hora de la espada" que expresa Lugones y que defienden y estimulan los nacionalistas restauradores, para quienes el dictador militar significaba mucho más que una magistratura extraordinaria para tiempos de crisis según la clásica institución romana.

En este cambio cualitativo tienen que ver más ciertos intelectuales, y el contorno de los cuarteles, que los militares mismos, hasta que en éstos comienza a elaborarse una suerte de subcultura corporativa desconocida en las épocas precedentes.

La influencia del pensamiento de Charles Maurras es discutida en cuanto a su relevancia e intensidad. Pero no puede dejar de advertirse una relación funcional entre algunos rasgos del pensamiento maurrasiano y el papel de los militares en la política nacional e internacional, e incluso en la adhesión de católicos al nacionalismo de Maurras. Puede parecer paradójica esta última digresión, por cuanto Charles Maurras era una suerte de clerical agnóstico y su doctrina un clericalismo sin Dios. Por eso, entre otros aspectos más sutiles, la condena pública de ciertas obras del pensador francés por el Papa Pío XI, condena conocida a fines de 1926 que produjo turbulencias sin cuento entre los intelectuales católicos inspirados por sus ideas, aunque un Jacques Maritain reconociese la razón a esa condena, que primero aceptó por disciplina y

más tarde con profunda convicción que algunos nacionalistas no reconocerían, ni perdonarían.

En el pensamiento neomonárquico de Maurras el "caos obscuro" de la república democrática podía ser evitado con la reconstrucción de una catedral política cuyos dos arbotantes principales serían la Iglesia católica y el poder militar. No ya la Iglesia como institución religiosa trascendente, sino como institución contribuyente a un orden social y político. El poder militar era una de las vértebras de la tradición nacional francesa descolocada por el caso Dreyfus, la crítica republicana radical y sus aliados objetivos. En la situación argentina ese pensamiento fue adaptado por Lugones para quien el militarismo sería una cuestión de principio. En todo caso, para sus seguidores, la idea del salvador épico fue ganando adeptos. ¿En qué consistió, pues, el cambio cualitativo?

En qué para el nacionalismo restaurador e integrista era ésa, por vez primera en la historia de los argentinos, una *justificación ideológica* de la intervención militar en la política del poder.

### *Conflicto de legitimidades*

Tiene razón Grosser: cuando actuamos, llevamos con nosotros juicios, criterios, valores referidos sobre las acciones de los otros. Aprobamos o desaprobamos. Preferimos. Elegimos. Votamos o nos abstenemos. Reaccionamos frente a un hecho, permanecemos indiferentes frente a otro. Dejamos hacer, y al dejar hacer hacemos. Seguimos a alguien o nos oponemos. Abrimos juicio o lo cerramos. ¿En nombre de qué?

El tema de la legitimidad política, del suelo de creencias donde reposa un régimen o un sistema, nos remite a un concepto tan importante como difícil de clarificar. Al recurrir a la reflexión precedente, tratamos de simplificar las cosas: las sociedades que funcionan lo hacen en nombre de un principio de legitimidad. Y cuando ese principio de legitimidad es cuestionado, es más difícil lo que los clásicos llamaban la concordia.

La legitimidad del poder por el principio mayoritario, la creencia colectiva en que la democracia pluralista es un régimen deseable y posible para los argentinos es

todavía una idea nueva que está delante de nosotros y no detrás, en una suerte de edad de oro a la que se puede retornar tan pronto se superen interrupciones perturbadoras. La democracia pluralista como acatamiento ciudadano de un estatuto legal que reconoce a todos por igual los derechos inherentes a la persona humana, que establece las garantías debidas para su ejercicio y que acuerda el derecho de participar periódica y libremente en la elección de los gobernantes, no pertenece a una tradición arraigada como cultura política en la sociedad argentina. Permanece entre sus ideales, pero pertenece como experiencia a un tramo aún muy corto de nuestra biografía nacional.

El tiempo tiene poder legitimante. La democracia constitucional y pluralista, como participación responsable de la persona humana en la elaboración del destino colectivo, tuvo su etapa para el despegue luego del Centenario. El recorrido fue demasiado breve para una legitimidad plena, cuando fue interrumpido por disputas parciales y por un cuestionamiento global. La contestación global fue planteada por el nacionalismo antiliberal y antidemocrático. Y éste es un tema central para la mejor explicación política de la crisis de la Argentina contemporánea.

Una explicación política supone cierta lectura de la historia, de la sociedad y de las instituciones. Una educación y una cultura políticas implican eso, y además cierto acuerdo sobre los valores básicos de la sociedad. No es lo mismo formar al ciudadano para vivir en una democracia pluralista, para que se someta a la lógica interna de un régimen totalitario o para aceptar una dictadura. Los estilos, las mentalidades dominantes, las ideas y creencias y las prácticas vigentes en esas formas de gobierno y tipos de sociedad difieren mucho entre sí. Lo sabían los griegos. Lo demostraron los romanos. Está en el pensamiento clásico. También en la cultura política norteamericana, en cuanto se la explora en profundidad, se encuentran liberales, conservadores, populistas y libertarios que atraviesan los grandes partidos. Pero los valores básicos son compartidos, y hasta ahora los conflictos de legitimidades no han herido la unidad nacional de esa gran potencia.

El nacionalismo antiliberal y antidemocrático no re-

chazó, en el caso argentino, sólo el reconocimiento de la legitimidad de una decisión, de un procedimiento, de una política específica, todo lo cual constituye lo que hemos llamado disputa o contestación parcial, y es propio de la naturaleza polémica de la política. Hizo eso, pero hizo cualitativamente más: puso en cuestión el régimen político constitucional y su principio de legitimidad.

Examinada en su recorrido histórico, la consecuencia contestataria está "en la naturaleza de las cosas". El nacionalismo hizo del *revisionismo* la clave de la lectura de la historia. El pasado merece siempre revisión, y ésta es necesaria porque no sólo el río sino el hombre cambian y hay siempre nuevas preguntas aún a las mismas cosas. El nacionalismo hizo de un abordaje crítico cristalizado, la ideología de la revisión y de la historia un "western". La lectura liberal de la historia, en cuanto tuvo contenido ideológico, no fue respondida como merecía por un examen preocupado en la mejor reconstrucción del pasado, sino por una fiscalización de la versión adversaria considerada al cabo como versión enemiga o de combate.

La lectura de la sociedad fue también contribuyente a la contestación global. La Argentina de la inmigración había puesto en vilo el tema de la identidad nacional mucho antes de la irrupción del nacionalismo contemporáneo, pero mientras observadores perspicaces proponían fórmulas que evitasen la invertebración de una sociedad moderna sin negarla, las versiones extremas del nacionalismo contemporáneo vieron en la inmigración un factor perverso de modernización permisiva, en el extranjero una amenaza y en los partidos políticos que favorecían su incorporación al sistema político y social mediaciones facciosas que representaban un peligro para el interés nacional. Muy pronto, el interés nacional, distinto pero no diverso del interés popular, fue expropiado por el nacionalismo contestatario y por grupos y sectores penetrados por él.

La interpretación de las instituciones siguió un rumbo similar. Eso se advierte en la versión maurrasiana del nacionalismo, en cuanto para Maurras las dificultades internas tenían como referencia necesaria —sin espíritu crítico— la acción del extranjero que la República liberal aceptaba demasiado abiertamente, lo cual dicho sea de paso desembocaba en un anticapitalismo inspirado en la

sobreestimación de la potencia del dinero. La República es la irresponsabilidad: no hay con ella ni gobierno ni Estado. Es, para Maurras y seguidores, la carencia de los poderes, el régimen del olvido, porque no tiene memoria. Al cabo, la idea republicana y liberal era contraria a la idea nacional. El pensamiento de Maurras es contrarrevolucionario, pero además es reaccionario: como escribiera Rémond, hace suya la palabra de su maestro Anatole France prestada al abate Lantaigne y que al cabo será como un leimotiv: "la democracia es el mal". El nacionalismo, en cuanto tradición cuestionadora y alternativa de la tradición republicana y liberal, compartirá esa afirmación, y el conflicto de legitimidades quedará planteado. La Argentina corporativa, así llamada en cuanto sobre el plano político se expone como alternativa de hecho al modelo representativo democrático, participará en el conflicto con el aliento nacionalista.

Habrá, pues, un nacionalismo corporativo, pero no todo hecho corporativo es necesariamente dirigista o totalitario. La inspiración nacionalista, cuando no es anti-sistema, pone de relieve la importancia de la representación de los intereses siempre que se inserten en un régimen democrático constitucional. Lo que en el corporativismo es régimen, en la democracia pluralista es dato de la realidad.

El nacionalismo es todavía un fenómeno contemporáneo y ha hecho una tradición. La que hemos evocado es la tradición contestataria de la legitimidad constitucional, porque esa tradición es la que plantea el conflicto de legitimidades que resurge en cada crisis o acecha en cada conflicto sobre cuestiones sustantivas.

La reversión argentina del último medio siglo no le es ajena, porque en todo caso es solidaria. El nacionalismo está por todas partes, pero en versiones variadas, no todas iconoclastas. Es notable: impresiona por su universalidad... una ideología cuya razón de ser la obtiene del particularismo. Entre los más grandes motores de la historia contemporánea, es causa de bloqueos en sociedades donde el sentimiento nacional conserva su vigor. En cuanto se lo discute, despierta. El nacionalismo saca provecho de ello. Recorre las sociedades, parece tener varias edades que se yuxtaponen y contraen en una visión global. En las naciones viejas está ligado a pasados que se retienen

como forma de memoria colectiva. En las naciones nuevas está vinculado al hecho colonial. Sus lemas de siempre son principalmente políticos, pero el hecho económico los sigue de cerca como una prolongación lógica de los primeros.

El más grave error del nacionalismo integrista, doctrinario o restaurador es reconocido por los nacionalistas republicanos, había sido denunciado por los forjistas y es sospechado por una sociedad que necesita de la unidad y de la vertebración nacional.

Ese error, en clave política, es que no ofrece fórmula política alternativa que no sea una forma de dictadura. Y en su prolongación económica, que apela al voluntarismo en tiempos de nacionalismos sin autonomía, aun para los imperios.

Está en las palabras de Cristo: el sábado es para el hombre, no el hombre para el sábado... La nación es casa política del hombre contemporáneo, pero el hombre no es para la Nación entendida como un absoluto, sin evocar con eso que el misterio de la libertad se le hace inaccesible.

Depende, pues, del nacionalismo moderado por la experiencia y por el examen desapasionado de la teoría política, y por quienes se consideran distintos de esa tradición pero preocupados por el progreso nacional, que el nacionalismo no expropie lo que es solidario, lo viva en solitario y no sirva, al cabo, a la discordia profunda.

Se ha distinguido entre un cosmopolitismo antinacionalista que aliena, un nacionalismo reactivo que bloquea y un nacionalismo adoptivo que puede servir a la superación de los procesos regresivos. Nuestra visión de las versiones argentinas del nacionalismo contemporáneo procura ajustarse a la idea de que el conflicto de legitimidades se ha planteado desde que la *tradición republicana democrática* se vio enfrentada por un nacionalismo *antiliberal y antidemocrático* —restaurador y protofascista—, por un nacionalismo *democrático pero antiliberal* y por un nacionalismo *republicano y antidemocrático*, donde cada expresión evoca los conceptos ceñidos de la teoría política.

El error se ha visto como una verdad separada de su arquitectura, descolocada y convertida en centro excluyente. Las versiones conflictivas del nacionalismo que hemos identificado según nuestra proposición histórica y política, serán siempre acechantes en cuanto sigan la ruta solitaria y no entren a formar parte del tejido de una verdad polí-

tica que la sociedad argentina ha descubierto a través de crisis recurrentes, cada vez más graves y amargas: que la construcción de un régimen democrático pluralista legítimo y estable es ahora una obligación ético social y no sólo una proposición académica.

Las naciones modernas son interdependientes sin perder por eso su identidad, así como la autoridad está a veces constreñida al heroísmo. La tradición nacionalista puede contribuir a la discusión de aquella verdad más alta si abandona el recorrido hacia la tentación autoritaria. Se puede estar a la derecha, en el centro o en la izquierda. No se debe caer en el derechismo o en el izquierdismo sin ceder al espíritu de sistema, condición de la violencia intransigente. El odio, confunde.

En tiempos de crisis, de conflicto profundo de legitimidades, vale recordar en los recorridos históricos y sociales y en las actitudes personales el interrogante dramático de Alfred de Musset: cuando se camina, nunca se sabe si estamos pisando una semilla, o un despojo.

Una sociedad escapa al estado de naturaleza hobbesiano cuando descubre la diferencia.

## BREVE EPILOGO BIBLIOGRAFICO

La bibliografía y las fuentes periodísticas del nacionalismo son incontables. El breve ensayo precedente supone la consulta de libros y periódicos, y aun de panfletos, que el lector podrá encontrar ordenados, en remisión aquí necesaria, en el ensayo testimonial de Enrique Zuleta Álvarez, *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires, Ed. La Bastilla, 1975. La cita de Bertrand de Jouvenel fue volcada por éste en *Les Débuts de l'État Moderne*, Paris, 1976, y la de Isaiah Berlin en *Contra la corriente*, F.C.E., Méjico, 1983. La obra de José Antonio Maravall es *Teoría del Saber Histórico*, Madrid, 1958 y la frase de Gustavo Ferrari se encuentra en *Esquema del nacionalismo liberal en la Argentina*, revista Criterio, tomo 94, Buenos Aires, 1981. Hans Kohn aparece aludido por *El nacionalismo. Su significado y su historia*, Buenos Aires, 1966 y por *American Nationalism*, New York, 1957. El "nativismo" norteamericano fue bien estudiado por John Higham, *Strangers in the land*, New York, 1985, y la cita de Anzoátegui fue tomada

de Francis Korn y Lidia de la Torre en *Constituir la unión nacional. 1880-1914*, incluido en Ferrari y Gallo (comp.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, 1980. Joseph Folliet es citado por su artículo *Progresismo e integrismo. Ensayo de análisis existencial*. Criterio, 1955. Julio Menvielle por un raro editorial en *Presencia*, revista que dejó de editarse, de 1956. Marysa Navarro Gerassi por *Argentine Nationalism of the Right. The History of Ideological Development. 1930-1946*, tesis, New York, 1964. Mónica Quijada por *Manuel Gálvez. 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires, 1985. Cristian Buchrucker por *Nacionalismo y Peronismo*, Buenos Aires, 1987 y Carlos M. Rama por *Nacionalismo e Historiografía en América Latina*. El método de análisis de Jean Ladrière fue publicado en *Le Pouvoir*, por A. Gilson en *Pour une démocratie efficace*, Louvain, 1965; los antecedentes montoneros constan entre otros en Richard Gillespie, *Soldiers of Peron. Argentina's Montoneros*, Oxford, 1982 y el tema sindical en Hiroschi Matsushita y en Samuel L. Baily, *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*, Rutgers, New Jersey, 1967. La alusión al cosmopolitismo nacionalista y otras variaciones se encuentran en Jeffrey Barret, *Impulse to Revolution in Latin America*, New York, 1985. Son pistas para el mapa político de una exploración, y no la exploración toda.